

EDITORIAL

La vida de un estudiante universitario podría decirse que es, relativamente, corta. Luego de, más o menos, cinco o seis años de haber tenido nuestra primera clase hemos finalizado la carrera. Durante esa etapa, muchas semillas comienzan a dar sus primeros retoños en nuestro intelecto y, en más de oportunidad, nos volvemos lo suficientemente osados como para pensar que se puede cambiar el estado de cosas que nos rodea. Porque si hay una virtud del estudiante universitario es creer que se puede, que es posible pensar una realidad mejor, más justa, más equitativa y más solidaria.

La actividad que lleva adelante esta revista, estimamos, muy humildemente, sabe estar emparentada con esa virtud. El pensamiento de jóvenes, que están contagiados con ese germen de “creer que se puede”, suele congregarse en su oficina cada viernes. Proyectos y sueños parecen difíciles de diferenciar cuando un objetivo se posa frente a ellos.

En el contexto general de la Nación, algunos podrían señalar que exagero, pero creo que no es la cantidad lo que importa, sino el hecho de llevar a la práctica ese pequeño aporte, por ejemplo, al incentivar la discusión responsable sobre cuestiones que hacen al bienestar de la República.

En nuestro país padecemos, a nuestro modesto entender, una gran enfermedad: somos grandes oradores, pero a la hora de concretar lo que enérgicamente propugnamos todo se vuelve un verdadera parodia. ¿Creemos que no se puede? No se puede construir un país mejor, no se puede cumplir con nuestra palabra, no se puede mejorar la Justicia, la Educación, la Seguridad. No lo sé.

Si intentara pasar revista por las crisis que ha pasado nuestra Nación necesitaría, evidentemente, muchas páginas. Pero qué hay de común entre ellas, si es que hay algo. Nuevamente, intentaré brindar una respuesta tentativa: la ilegalidad, el incumplimiento.

Pero no frente a la Constitución Nacional, ni frente a alguna institución internacional cuyos fines no son ayudar al país, sino frente a nosotros mismos, frente a aquellos hombres que sí creyeron que se podía construir un país mejor.

En estos días, a raíz de una tragedia que sacudió al país en los umbrales del año 2005, entre el vendaval de opiniones vertidas, hubo una que creo merece ser rescatada. “A los argentinos no nos gusta cumplir con las reglas, ni obedecer a la autoridad”. A lo que yo me atrevo agregar a “todos los argentinos”. Los gobernantes no cumplen con los deseos del pueblo soberano, y los ciudadanos ven con poca simpatía cualquier regla que, por algún motivo, simplemente no les guste.

Entonces, volviendo al principio, ¿qué significa estar infectado de ese pensamiento de “creer que se puede”? Significa que se puede hacer cualquier cosa, total a lo sumo mueren doscientos chicos, dejamos de pagar nuestras deudas, o lo que sea que ocurra dentro de diez años, cuando le llegue el turno a nuestra próxima crisis cíclica.

Por el recuerdo que yo tengo de esta revista y de la Universidad, creo que no es así, y hago un llamado a quienes concuerden con esta idea para que no la dejen morir cuando abandonen los claustros.

Lecciones y Ensayos por casi cincuenta años ha premiado a quienes han brindado sus horas, simplemente, por el placer de pensar y de creer que se puede. Pero vale la aclaración, en nuestro caso y en el de muchos que conocemos, lo ha hecho principalmente con amistades invalorable y no con bienes materiales.

El premio por el esfuerzo que hoy demanda nuestra Argentina no serán alabanzas ni monumentos, será un sentimiento de ser nacional que crecerá durante nuestras vidas, y nos ayudará a ser mejores personas.

Porque si hay algo en lo que sí nos engaña la Universidad es en hacernos creer, a veces, que podemos cambiar el mundo. Quizá, en realidad seamos los estudiantes quienes pecamos de soberbios al respecto. Lo que sí es cierto es que cada uno de nosotros debe creer que puede ser mejor ser humano y, así, formaremos una mejor familia, un mejor barrio, y un mejor país...

Pero esta tarea de “creer que se puede” demanda mucho de nosotros, requiere que cada uno sea estudiante por el resto de su vida.